

# LA INSIGNE ARCIPRESTAL IGLESIA DE SAN MARTÍN, DE CALLOSA DE SEGURA

Existe en esta ciudad, sita en la región sureña de la provincia de Alicante, y perteneciente a la diócesis de Orihuela, un gran templo, majestuoso y artístico, que, aunque ha merecido loas y encomios de personalidades de toda laya, es poco conocido de la generalidad de las gentes, incluso en nuestro propio antiguo Reino valentino.

Quisiéramos, con este somero escrito, darlo a conocer más a todos, en honor del obispado orcelitano y del Arte español en general, tan rico en todas sus manifestaciones.

Empezaremos por mencionar algunos de los elogios que han desgranado en su alabanza —y sirva esto a guisa de introducción al presente trabajo— personalidades tales como el obispo don Juan Maura y Gelabert, lumbrera de la Iglesia española, tomista y lulista de renombre universal en su tiempo, quien consideraba a este templo «como digno de ser su catedral»; al escritor y viajero infatigable Ciro Bayo, que quedó como arrobado ante la contemplación de tan magnífica joya en un pueblo tan chico entonces; al ilustre profesor don Elías Tormo, que no dudó en calificarlo como «obra capital del Renacimiento en España», aunque «la portada, todavía es la gótica» y, finalmente, a los señores duque de Alba y marqués de Rafal, para quienes era un deleite el admirar su grandiosa fachada y lo atrevido de sus recias columnas corintias, únicas en su género en España.

Y ¿a qué debió este pueblo el honor de ostentar la posesión de tal presea artística, su mayor orgullo de ayer, de hoy y de siempre? Pues, sencillamente, y en primer lugar, a la munificencia del Rey sabio Alfonso X quien, desde San Esteban de Gormaz y a 10 de marzo de 1281, dio un Real Privilegio, llamado «del Tercio-Diezmo», por el que renunciaba a este ingreso de la Corona que, para mantenimiento y sostén de la cruzada multiseccular antislámica, otorgara la Sede Apostólica a los reyes de Castilla; renuncia que hizo en favor de cinco pueblos de realengo en la Vega Baja del Segura —Orihuela, Callosa, Almoradí, Catral y Guardamar— para que, con sus fondos, administrados por sendas Reales Juntas de Fábrica, se edificasen, conservasen y sirviesen de culto al Señor los nuevos templos alzados con los dineros del «Tercio-Diezmo».

Este prístino privilegio viose luego confirmado y ampliado por los reyes de la Casa de Aragón, cuando estas tierras pasaron definitivamente a poder de

este reino por sentencia arbitral dada en Torrijo de la Cañada, cerca de Tarazona el año 1304. Así lo hizo el Rey Don Juan I, en Barcelona, el 22 de abril de 1393; tras éste, el Rey Don Martín el Humano, en tres privilegios otorgados en Valencia, entre 1406 y 1407; luego, Don Alfonso V el Magnánimo, también desde Valencia, en 18 de mayo de 1418 y, por último, su esposa, Doña María, desde Tortosa, en 31 de mayo de 1431.

Con estos caudales, procedentes del Privilegio del «Tercio-Diezmo», y la fe acrisolada de aquellos buenos callosinos, nuestros antepasados, que no olvidaban la cura de su querido templo en mandas y legados piadosos, se fue construyendo la actual y segunda iglesia, a la que nos vamos refiriendo aquí.

En su edificación, pusieron su mano los más íclitos arquitectos y alarifes de nuestra región, debiendo consignar, entre otros, a aquellos celebérrimos Pedro Comyn y Pedro Crietes, «mestres picapedrers vehins de la ciutat de Oriola» —que ya venían dejando su impronta en otros templos de la referida ciudad—, con quienes se firmó el primer contrato de obras, por nosotros conocido, por medio de En Arnaldo Gil, notario y fabriquero de San Martín, ante Salvador Loazes, notario, en Orihuela a 4 de noviembre de 1494. Era este Loazes antepasado del egregio don Fernando Loazes y Pérez, fundador del Colegio-Universidad de Santo Domingo, Patriarca de Antioquía y Arzobispo de Valencia, fallecido en 28 de febrero de 1568.

A éstos siguieron, amén de otros, el insigne arquitecto Francisco Ripoll, de quien el citado profesor Elías Tormo dice que acabó la obra principal en 1553, cosa que, humildemente, dudamos, ante la lectura del contenido de una piedra de mármol rojo, oculta, del campanario —que se hizo más tarde— y en la que de modo claro se lee, entre otras cosas, que «el mestre era Alonsón de Arteaga», arquitecto que trabajó mucho en Orihuela, y también en el grandioso monumento del Colegio de Santo Domingo. Creemos que el profesor Tormo no conoció la existencia de la referida lápida, cuya lectura, seguramente, hubiera rectificado su parecer sobre el autor del remate de la obra.

Como todas las grandes construcciones, la de San Martín se verificó en continuadas ampliaciones, a lo largo de los siglos, y así vemos cómo otro gran

arquitecto, Julián de Alamiques, en 1574, visoraba otras obras realizadas recientemente.

A Alamiques, siguió el gran maestro Juan Inglés, de Tortosa, quien, según capítulos firmados en 1 de enero de 1574, había de realizar las obras de la Capilla Mayor, Sagrario, sacristía y capilla de la Virgen María, todo en precio de 2.000 libras. Firmaban el contrato, entre otros, junto con el arquitecto, mosén Jaime Parres, y el doctor don Guillem Aleo y Rabasco, arcediano de Santa Cruz de Tenerife, de rancia familia callosina.

Juan Inglés era conocido del Arzobispo Loazes, de cuando fue Obispo de Tortosa, y de allí se lo trajo a Orihuela, siendo el más notable de los arquitectos que trabajaron en el Colegio-Universidad, «el Escorial del Levante español», según calificación atribuida al Marqués de Lozoya. Otras obras del gran arquitecto tortosino en Orihuela fueron la puerta de la catedral de la calle de la Feria y la también lateral, de la iglesia de las Santas Justa y Rufina, hoy monumento nacional.

Entre 1582 y 1588, realizaban obras de cierta importancia los arquitectos Damián González —¿de Callosa?— y Juan Ruiz, de Orihuela, lo que dice del continuo esfuerzo de los callosinos en hermosear, ampliar y conservar lo que constituye el más legítimo orgullo de la ciudad.

En 1627 encontramos al arquitecto Francisco Mora, tal vez callosino, que había trabajado también mucho en Orihuela y pueblos comarcanos.

Otro de los grandes arquitectos que trabajaron en nuestro templo fue Melchor Valls, reconstructor de la iglesia de Santo Domingo y parte del Colegio dominicano de Orihuela —semiderruidos en el terremoto de 1645—, quien realizó importantes obras entre los años 1644-48, cuya naturaleza ignoramos por no citarse en los Libros de Fábrica nada más que las cantidades que iba percibiendo a lo largo de estos años.

Más tarde encontramos a Miguel Reymundo, «mestre de cantería de la ciutat de Alacant», que, en 1683, se quedó con las obras de igualar los muros de tramontana y mediodía, cuyo costo fue de 1.990 libras, debiendo de acabar su trabajo en el plazo de cuatro años; esto supondría la elevación de las bóvedas de grueso ladrillo que hoy cubren todo el templo y la desaparición de la antigua techumbre de madera, elevando también, por consiguiente, los capiteles de sus formidables columnas corintias, de fuste estriado, que sostienen la inmensa pesadumbre de sus tejados.

Las dos últimas obras de la iglesia fueron la torre, cuya primera piedra se puso el 17 de septiembre de 1699, siendo cura mosén José Roldán, y de cuyo arquitecto no tenemos noticias por haber sido destruido el archivo parroquial en 1936-39, y,

por último, la Capilla de la Comunión, ejecutada según planos del perínclito Miguel Francia Guillén, vecino de Crevillente, que fue, como el arquitecto diocesano del gran prelado don José Tormo Juliá, hijo de Albaida, que asistió a su inauguración el día 13 de junio de 1779. El alarife ejecutor de las obras fue José Gil de Sempere, callosino, que dejó también su huella en el santuario del Patrón de la ciudad, el glorioso San Roque, abogado contra la peste.

Expuestas, a la ligera, la calidad de los elogios prodigados a este suntuoso templo; la causa que dio origen a su construcción y la serie escogida de sus más esclarecidos arquitectos, sólo nos resta hacer un breve sumario o mención de las capillas de la Purísima —antes de Nuestro Padre Jesús— y de la Soledad, antigua sacristía, dedicada hoy al Nazareno. En estas dos capillas atisbamos restos, posiblemente, de las obras de Juan Inglés.

Entre sus altares, casi todos barrocos, destaca el de San José —hoy de la Virgen de la Aurora—, con magnífico retablo y predela de cinco tablas, desaparecidos en 1936.

De su monumental retablo del coro, antiguo altar mayor, existen numerosas fotografías que causan

#### Portada de la iglesia principal de Callosa de Segura (Alicante).



la más viva admiración de cuantos no lo conocieron y despiertan la nostalgia más dolorosa de cuantos lo contemplábamos durante tantos años.

En él puso su gloriosa gubia el retablista orcelitano José Abadía, su autor, entre los años 1752 y 1755, siendo su valor de 850 libras; lo doró el maestro José Escorihuela, también de Orihuela. Su estilo era del más puro barroco, destacando cuatro imágenes de los Doctores de la Iglesia Católica y la del titular del templo, San Martín, en arrogante cabalgadura.

De toda la obra, lo que más descuella es la grandiosa portada gótica —del último período ojival—, con doble puerta adintelada, un artístico parteluz, centenares de figurillas, imposible de enumerar, profetas, ángeles, monstruos, etc., campeando en la misma, en su lado diestro, el escudo imperial del



Interior de la iglesia de Callosa de Segura (Alicante).

césar Carlos V, en cuyo tiempo, 1553, finó la ejecución de tan maravillosa obra, suficiente para que este templo se declarase monumento artístico.

Veinte enormes columnas corintias, seis de ellas exentas y las restantes adosadas a los muros a manera de contrafuertes interiores en que descansan los arcos que partes de los capiteles, sostienen bóvedas y tejados.

Ellas solas merecen un estudio aparte, de los peritos en Arquitectura.

De su rico ajuar artístico perduran, tras el huracán de 1936, la custodia gótica de plata, el pie de la cruz parroquial, también de plata, de 1581 —que, recientemente, llenó de admiración al marqués de Lozoya— y la imagen-relicario en bronce del santo obispo Martín de Tours. Todo este acervo de preciadas joyas de arte salió del buril del más grande orfebre y bronceador, Miguel de Vera, que nació en la ilustre ciudad de Orihuela por los años de 1543 y cuya obra ingente llenó el patrimonio artístico del obispado orcelitano de innumerables obras de orfebrería, que figuran expuestas en muchas iglesias, y otras ignoradas de los amantes del Arte por permanecer semiocultas en parroquias de este obispado y en el de Cartagena-Murcia.

El estudio del conjunto arquitectónico del templo está siendo objeto de varios trabajos de investigación, que preparan diversos universitarios callosinos y foráneos.

Este ha sido el motivo de no adentrarnos en este aspecto, en el presente trabajo, para no estorbar los escritos que pronto han de aparecer sobre la fábrica de esta iglesia, por la que tanto cariño sienten los hijos de esta ciudad y que tanta admiración despertó siempre entre quienes han podido visitarla y recrearse en su contemplación.

ANTONIO BALLESTER RUIZ  
*Cronista oficial de Callosa  
de Segura (Alicante)*